

La
Escuela de Etiqueta
Millicent Quibb
para Jóvenes
Científicas Chifladas

Narrado por Edwina Candlestank y escrito por
KATE MCKINNON

Traducción de Marcelo E. Mazzanti



Duomo ediciones

Este libro es una obra de ficción. Toda referencia a eventos históricos, personas o lugares reales se usa de manera ficticia. Otros nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación de la autora, y cualquier parecido con eventos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Ilustración de la cubierta: Alfredo Cáceres
Diseño de cubierta: Karina Granda
Caligrafía a mano de la cubierta: Sarah Coleman
Maquetación y adaptación de cubierta: Endoradisseny

Título original: *The Millicent Quibb School of Etiquette for Young Ladies of Mad Science*
© 2024, del texto, Kate McKinnon
Publicado gracias al acuerdo entre Upstart Crow Group, Corp. y Sandra Bruna
Agencia Literaria, SL. Todos los derechos reservados.
© 2024, de las ilustraciones, Alfredo Cáceres
© 2025, de la traducción, Marcelo E. Mazzanti

ISBN: 978-84-10346-44-4
Código IBIC: YF
Depósito legal: B 21.398-2024
Primera edición: marzo de 2025

© de esta edición, 2025 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º I.ª izq. 08010 Barcelona, España
www.duomoediciones.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

Impresión: Grafica Veneta S.p.A.
Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet—y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.



*A mi Mamarama,
bromista, escritora, conferenciante,
pensadora, activista, iconoclasta,
divertidísima...*

*... y que me enseñó a seguir el
ritmo de mi propio tambor,
y después me compró el tambor,
me llevó en coche a las clases
de música,
me cosió el traje de animadora
y no paró de animarme ella a mí.*



INTRODUCCIÓN

BUENAS NOCHES. Soy la doctora G. Edwina Candlestank. Soy una científica chiflada, una creadora de *patchwork* premiada y (solo una vez) violista de orquesta. ¡Cómo odio la viola!

Empiezo a escribir este libro en mi estudio, que tiene las paredes de madera, y es precioso. Fue aquí mismo donde recibí una llamada de mi editor, el señor Bookman, que me dijo: «Doctora Candlestank, sus libros sobre ciencia loca para adultos no venden». Le contesté: «¡Caramba y carámbanos! ¿A qué cree usted que se debe?», y él respondió: «Son demasiado serios. Nadie va a comprarse un libro que se llama *Historia de los boniatos antinaturales de Canadá*». Repliqué: «¡Es usted un payaso! ¡Ese libro atrapa al lector desde la primera página!». Él me propuso: «¿Por qué no escribe un libro sobre ciencia loca para jóvenes?». Le dije: «Buf, vale, pero ahora mismo no puedo escribirlo porque tengo

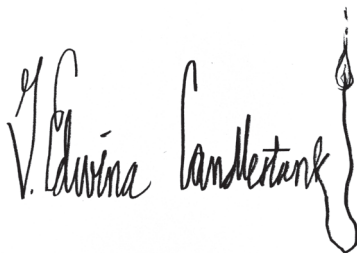
manos de lagarto». Él me preguntó: «¿Y eso qué quiere decir?». Le contesté: «Acabo de hacer un experimento con una iguana y ahora tengo manos de lagarto y no puedo sostener el bolígrafo. ¿Es que no le había quedado claro?».

Cuando recuperé mis manos humanas me di cuenta de que el señor Bookman tenía razón: TENGO QUE ESCRIBIR UN LIBRO DE CIENCIA LOCA PARA JÓVENES PORQUE SON LOS JÓVENES QUIENES NOS SALVARÁN, Y PARA ESO PRIMERO TENDRÁN QUE SALVARSE A SÍ MISMOS. He pensado mucho en ello y he decidido que la mejor forma de mostraros, queridos lectores, cómo podéis convertirnos vosotros también en científicos locos es contaros la historia de tres personas que hicieron justo eso. Pasaron de un día al otro de ser niñas normales —aunque un poco marginadas— en el pueblo finolis de Antiquarium, a verse en el centro de una batalla infernal. Seguramente nunca hayáis oído hablar de ese combate, el de Gertrude, Eugenia y Dee-Dee Porch, alumnas de la Escuela de Etiqueta Millicent Quibb para Jóvenes Científicas Chifladas, y su valiente lucha contra la nefasta Sociedad de Investigaciones Krenéticas; pero puedo aseguraros que, de no haberse tomado la molestia, ahora no estaríais ahí sentados tan tranquilos, sea donde sea que estéis sentados.¹

1 O de pie, aunque ¿quién lee de pie? Bueno, supongo que alguien que no tenga una silla. Yo no puedo saber si cada uno de vosotros tiene una silla o no.

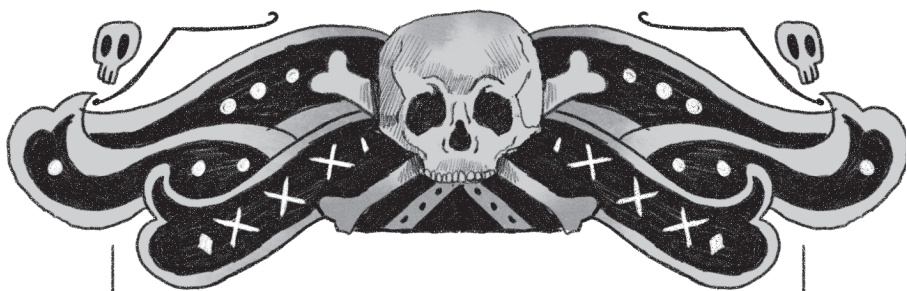
Este libro es la historia de su combate, un combate que, por supuesto...

AÚN HOY CONTINÚA.

A handwritten signature in black ink, reading "V. Edwina Candlestank". The signature is written in a cursive style with a long, vertical flourish extending from the end of the name.

Dra. G. Edwina Candlestank

P. D.: Este libro tiene demasiadas notas a pie de página, ya lo sé. No es necesario que las leas, aunque puedes hacerlo si tienes tiempo en tus manos, aunque, si tienes tiempo en tus manos, mejor que te las laves bien; el tiempo arruga la piel.



AVISO

*Este libro contiene escenas que
pueden provocar :*

La muerte instantánea

Una muerte especialmente instantánea (mala cosa)

Una muerte semiinstantánea (aún peor)

Quemaduras en las extremidades superiores

Quemaduras en las extremidades inferiores

Parásitos intestinales permanentes

Encogimiento hasta volverte del tamaño de una
semilla

Que te salgan plantas de la cabeza y/o de las
puntas de los dedos

Orejas de coliflor

Pie de cangrejo

Cerebro de quesadilla

Granadas abdominales

Que desaparezcas





*Oye este consejo, que no es guasa:
i ojo con Millicent Quibb y su casa!
Te arrancará el cerebro, contenta,
y se lo comerá con sal y pimienta.
Su pinta da mucho miedo
y además huele toda a pedo.
Ni monstruos ni vampiros voladores:
ilas científicas chifladas son mucho peores!
Tómate este aviso muy en serio
o acabarás en el cementerio:
quedarás como un pollo a la brasa
si ves a Millicent Quibb y su casa.*

*Canción infantil de Antiquarium y alrededores,
más o menos hacia 1911*



CAPÍTULO 1

LA INVITACIÓN

LAS INVITACIONES MISTERIOSAS aparecieron un martes, en las mochilas de tres alumnas de la Escuela de Etiqueta para Chicas de la Sra. Wintermacher, en el pueblo de Antiquarium.¹

Nadie vio quién las metió en ellas: las mochilas se guardaban todas en la sala de las mochilas, y aquella tarde las alumnas estaban todas en la sala de actos. ¿Que qué hacían en la sala de actos? Pues asistir a un acto, claro. ¡A ver si prestas más atención!

1 Te cuento esto porque seguramente tu camino para convertirte en una joven científica chiflada comience con una invitación misteriosa. Por supuesto, también podría empezar cuando encontraras un libro misterioso de notas de laboratorio, un maletín misterioso con instrumentos médicos o una misteriosa colección de cosas en tarros. En la década de 1950 lo habitual era ser secuestrada y metida en un coche por el FBI; en los años noventa fueron los *emails* de «No rompas esta cadena». Pero últimamente están volviendo las invitaciones en papel porque molan más. Estás avisada.

El acto consistía en que la señora Wintermacher, la propietaria de la escuela, estaba mostrándoles cómo sentarse en un diván de terciopelo.

—Comencemos —dijo—. Como sabéis, sentarse consiste en el arte de no estar de pie. En Antiquarium, intentar sentarse sin un entrenamiento adecuado puede provocaros heridas, o, peor, quedar raro.

Frunció sus labios grises y tuvo que hacer un esfuerzo para que no se le cayeran las plumas y las frutas exóticas y los animales disecados que adornaban el ala del enorme sombrero que llevaba.

—Hoy vamos a estudiar el tipo de sofá y similares más difícil: el diván.

—¡Ooooooh! —suspiraron las alumnas.

—Sí: el terciopelo no es fácil de dominar. Para esta clase de asiento tendréis que aprenderos de memoria al menos ochenta y cinco posturas. Empezaremos por la más sencilla, la «sentada normal con espalda recta», y poco a poco iremos pasando a otras más complicadas como «desmayo durante vals público» y «reírnos con el chiste del almirante». Atentas.

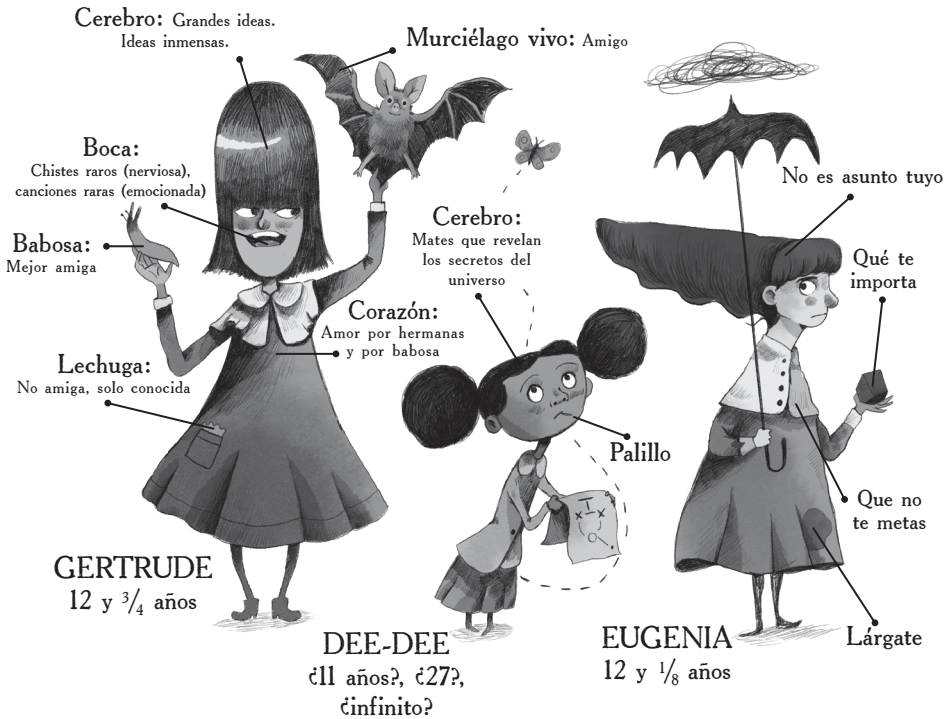
La señora Wintermacher se sentó en el diván de terciopelo, con la espalda tan recta que más que una espalda parecía una espada.

Todas las alumnas observaban con la máxima atención.

Bueno, no todas.

Había algunas que no:

LAS HERMANAS PORCH



Míralas bien, por favor. Recuerda sus nombres y sus características. Son las protas del libro, así que sus nombres van a aparecer a cada rato, y si no las reconoces, todo esto enseguida se va a volver un caos.

Gertrude. Eugenia. Dee-Dee.

Estas tres frikis con pintas tan raras no encajaban en la Escuela de Etiqueta de la Sra. Wintermacher. Tampoco encajaban con su tío y su tía falsos, los Parquette, que las habían

adoptado de bebés. Tampoco encajaban en el superordenado pueblo de Antiquarium. Y tampoco encajaban en el año 1911 (lo cual era una lástima porque, por mucho que lo intentes, no puedes cambiar el año en el que vives).

Aunque en realidad no eran técnicamente hermanas en el sentido biológico, la señora Wintermacher las odiaba a las tres por igual. Y es que a ellas, a su vez, la etiqueta les importaba un pepino; preferían diferentes campos de la ciencia. A Eugenia le gustaban las explosiones y buscar minerales caros. A Dee-Dee le gustaba construir máquinas. A Gertrude le interesaban cosas como los escarabajos y otros insectos, qué hace que las plumas de color púrpura de las palomas brillen, qué hace que las pompas de jabón tengan arcoíris dentro, dónde ponen huevos los tritones, si los gatos sienten algo en los bigotes, si los conejillos de Indias vienen de la India y por qué algunos pimientos pican tanto, y cosas así.

Así que, en vez de prestar atención en clases como la de Ángulos Adecuados para Levantar el Meñique Cuando Coges una Taza o la de Historia de las Cucharas Soperas, las Porch formaban un grupito en un rincón, concentradas en otras cosas.

Por ejemplo, en aquel momento Eugenia partía una piedra con un pequeño pico para ver si tenía diamantes dentro; Dee-Dee tensaba los muelles de una catapulta en miniatura que había construido, y Gertrude acariciaba el murciélago que se había escondido en un bolsillo.

—¡Dee-Dee, esa catapulta mola! —susurró Gertrude—. ¿Para qué sirve?

(Hay que decir que Gertrude tenía el pelo muy alto por arriba, pero cortado muy recto justo por debajo de las orejas).

—Ya sabes lo que dicen: «Una catapulta nunca revela su destino hasta el momento adecuado» —contestó Dee-Dee.

(Es importante saber que Dee-Dee se recogía los rizos muy apretados en dos coletas que parecían bolas de billar, una a cada lado).

—¿Podrías usarla para catapultarme muy lejos de aquí? —refunfuñó Eugenia—. Se me está llenando el cerebro de polvo por falta de uso.

(No olvidemos mencionar que Eugenia se recogía su ondulado pelo castaño en un moño que se le extendía mucho más atrás de la cabeza, como para decir «Que no se me acerque nadie»).

Gertrude sonrió a sus hermanas.

—Cuánta razón, *Eu-genia*.

—Muy bien —ladró la señora Wintermacher—, ¿quién quiere hacer una demostración para toda la clase?

Puso la sonrisa más amable que pudo, y que se parecía mucho al grito de horror de la comadreja disecada del ala de su sombrero.

Miró las caras de sus estudiantes perfectas, que habían levantado todas el meñique esperando cada una ser la elegida: Imogen Crant, la futura heredera de una fábrica de

pegamento; Ellabelle Belle-Parker, la bailarina; Posey Picard, cuyas mejillas habían inspirado toda una gama de cremas de contorno de ojos dedicada a las chicas adolescentes; y, por supuesto, las siete primas de las Porch, que se llamaban todas Lavinia: Lavinia-Anne, Lavinia-Vanessa, Lavinia-Jennifer, simplemente Lavinia, Lavinia-Lavinia, Lavinia-Gwyndoline y la más pequeña, Lavinia-Steve, cuyo mayor parecido con un ser humano normal eran sus fuertes alergias.

Pero la mirada de la señora Wintermacher fue más allá del mar de meñiques y se detuvo en... el rincón.

—Señorita Gertrude Porch —dijo—, por favor, muéstrenos cómo se hace.

Como recordarás, Gertrude estaba ocupada acariciando el murciélago que tenía en el bolsillo, así que no oyó que la señora Wintermacher la llamaba.

—¿Tienes hambre, querido? —le susurró al animal.

—¡Señorita Gert-RUDA! —exclamó Wintermacher—. ¿Por qué le está hablando usted a su bolsillo?

—Lo siento. Hum, solo le estaba preguntando al bolsillo qué se siente siendo un bolsillo, ejem. En fin, ahí voy, ¡apartad del camino!

Gertrude avanzó entre las demás y se detuvo delante de la clase, sudando con su vestido de tafetán blanco.

—¿Por qué tiene que ser tan friki? —susurró Ellabelle Belle-Parker.

—A ver, un poco de frikismo no está mal —replicó Posey

Picard—. Por ejemplo, a mí me gusta revolverme el pelo y decir «¡Dinero, dinero, dinero!». Pero esta sobrepasa el límite legal.

—Desde luego —añadió Imogen Crant—. Es toda una MILLICENT QUIBB.

En el aula se hizo el silencio.

—¡Chicas! —les llamó la atención Wintermacher—. ¡No pronunciéis ese nombre! En este pueblo no hay científicos chiflados. Si los hubiese, serían malvados, pero no los hay, así que ¡callaos!

Los adultos siempre decían eso, y tanta insistencia hacía sospechar que quizá sí que hubiera científicos locos en el pueblo, o al menos que sí los había habido en el pasado. De hecho, si se escuchaba con atención, se oían rumores de que aún quedaba una científica chiflada, una tal Millicent Quibb, y que según una cancioncilla infantil se dedicaba a comer cerebros o algo.

Pero todo eso sonaba a trola. Aunque las chicas de la escuela tenían una vaga noción de dónde venía el nombre, para ellas «Millicent Quibb» solo significaba «I. m. Alguien malo y raro, seguramente maloliente».

Gertrude estaba acostumbrada a que le dijeran que era una Millicent Quibb, entre otras lindezas como que «le molan las babosas» (que era cierto: le encantaban), «le mola la alcaldesa» (que también era cierto: era una gran admiradora de la alcaldesa Majestina DeWeen... pero ¿es que había alguien a

quien no le molara?) y «le mola sudar con un vestido de tafetán» (totalmente cierto). De hecho, «Millicent Quibb» era una de las cosas más amables que Imogen Crant la había llamado, así que Gertrude no le dio mucha importancia y siguió avanzando hasta el frente de la clase.

Normalmente hacía ese camino muerta de miedo, pero esta vez no: se moría de ganas de mostrar que tenía ¡un plan!

Se le había ocurrido una forma de lo más ingeniosa para sentarse perfectamente recta. Por fin iba a hacer algo bien en el cole, iba a hacer que sus hermanas pequeñas estuvieran orgullosas de ella, iba a caerles bien a sus primas e iba a mostrar a la señora Wintermacher que se le daba bien la etiqueta y que algún día hasta iba a ser una buena ciudadana y ayudaría a la gente y a los animales de Antiquarium, igual que la alcaldesa Majestina DeWeen. ¡Aquella era su oportunidad!

—Bufff —dijo, cuando se abrió paso por fin hasta el frente de la clase—. Ha sido un largo viaje. ¡Tendría que haber venido en camello!

—Basta, señorita Porch. El humor es para los pobres y los sucios. Y ahora, por favor, muéstrenos la postura «normal con la espalda recta». Esta es la forma más sencilla de sentarse en un diván, chicas. Quien no la domine no tiene remedio.

Gertrude se sentó, posó los pies planos en el suelo, encogió el estómago, echó atrás los hombros y esperó el veredicto.

La señora Wintermacher midió el ángulo de su espalda con un transportador de arquitecto.

—Ah —dijo, consultando el aparato—. De noventa grados posibles, la señorita Porch ha llegado a... treinta y nueve. A pesar de que se ha esforzado tanto como ha podido, su postura sigue siendo comparable a la de un helecho muerto.

Todas las Lavinias rieron por lo bajo a la vez.

Gertrude se encogió de hombros y se rio con ellas; eso sí que se le daba bien, aunque por dentro sí que se sintió un poco como un helecho muerto.

A Eugenia y Dee-Dee no se les ocurrió cómo ayudar a su hermana, así que se pusieron a aplaudir... aunque con eso solo consiguieron empeorarlo todo.²

Pero Gertrude no se rindió. «¡No temas, amiga Gertie! —se susurró a sí misma—. ¡Hoy tienes un plan!».

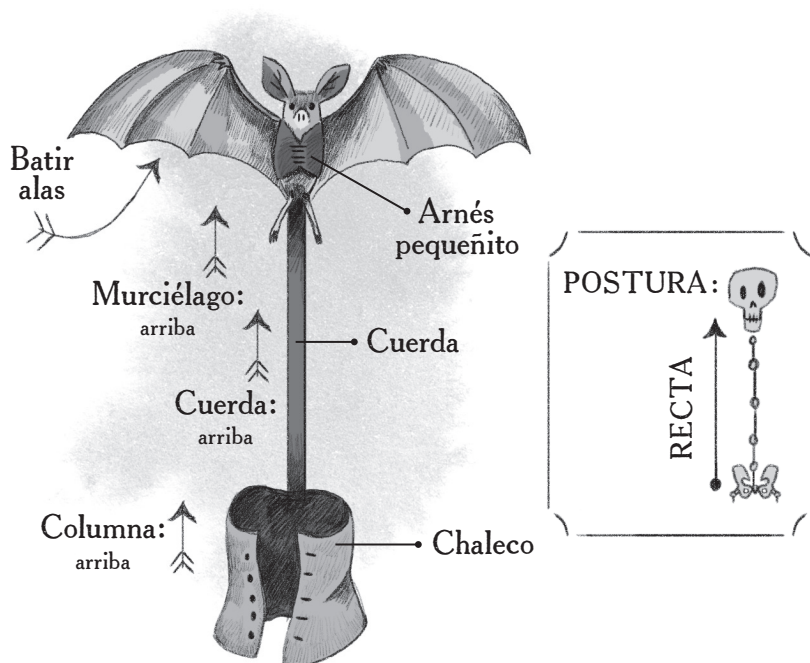
Miró a sus compañeras de clase.

—Vaya —dijo—. Ya se me ha vuelto a torcer la columna. Y ahora ¿qué hago? ¡Ah, ya sé!

Sacó un chaleco del bolsillo izquierdo; le había cosido una cuerda y había añadido un arnés a la otra punta. Del bolsillo derecho sacó un pequeño murciélago marrón y lo metió dentro del arnés.

—¡Observad! ¡Es el Tensor de Posturas a Base de Murciélago!

2 ¿Has oído aplaudir a solo dos personas? Curiosamente, suena mucho peor que el aplauso de cero personas.



Se puso el chaleco. De inmediato, el animal intentó volar hacia el techo, tirando del chaleco y haciéndola ponerse más recta.

—¡Tachán! ¡Espalda recta al instante!

La reacción de la clase no fue la que Gertrude esperaba.

Sus compañeras se echaron hacia atrás, asqueadas.

—¡Aaay! ¡El Diablo! —gritó Wintermacher.

La mujer desapareció tras una gruesa cortina de tercio-

pelo, y un momento después salió blandiendo una jabalina medieval oxidada y se precipitó hacia el murciélago, dispuesta a matarlo.

Horrorizada, Gertrude lo soltó del arnés, confiando en que la criatura se fuera volando por una ventana abierta, pero esta solo se puso a revolotear por el aula.

Las chicas gritaban e intentaban alejarse corriendo. Algunas se protegieron bajo las sillas de felpilla y otras tiraron al animal pequeños cojines.

Mientras, Eugenia negó con la cabeza, incrédula, al ver a Wintermacher correr en zigzag por el aula, jabalina en ristre.

—¡No sea niña, que solo es un murciélago!

Arrancó la pesada cortina de terciopelo de una de las ventanas, la arrastró por el suelo, se la tiró encima a Wintermacher, y después saltó sobre ella para hacerla caer.

Por desgracia, durante la caída se llevaron por delante una pastorcilla de porcelana, un jarrón de flores, a unas cuantas de las Lavinias y un candelabro encendido.

—Vaya, es verdad que el terciopelo no es fácil de dominar —dijo Eugenia.

La llama del candelabro se fue extendiendo: primero subió por una cortina, después bajó por una cuerda, después atravesó un diván, después bajó por un tapete, cruzó una alfombra y subió por otra cortina, avanzó por el techo y acabó por fin en otro candelabro de madera, que se cayó y se estrelló contra el suelo en una lluvia de fuego.

Dee-Dee se sentó tranquilamente en mitad del caos, mordisqueó su palillo y esperó instrucciones. Últimamente había descubierto que, si se sentaba y prestaba atención, podía oír cómo los objetos que la rodeaban le susurraban valiosos consejos. Oyó uno de ellos por encima de ella, donde había una cañería que iba de punta a punta del techo: «Rómpeme». La niña le hizo un gesto de «Vale», miró su catapulta en miniatura y sonrió.

—Ajá —le dijo al aparato—. Acabas de revelar tu destino.

Dee-Dee lanzó con ella la piedra de Eugenia y le dio a la cañería, provocando una rotura en el tubo de hierro. Al principio apenas cayeron unas pocas gotas de agua, pero entonces la raja se abrió del todo y aquello fue como el diluvio universal. Por fin, las llamas se apagaron.

Todo se quedó en silencio menos la lluvia y el batir de alas hasta que el animal salió por la ventana.

La señora Wintermacher salió de debajo del montón de terciopelo empapado, se repasó lo que le quedaba de las cejas, arrancó una única pluma chamuscada de su sombrero y dijo:

—Por favor, querría ver a las Porch en mi despacho.



—¡Las tres estáis expulsadas! —gritó la señora Wintermacher.

—Pues vale —replicó Eugenia—. Esta escuela es una fábrica de conformistas insoportables.

Gertrude volvió a sentir como si tuviese un helecho muerto en los pulmones, y ahora además en llamas. Aun así, consiguió levantar el dedo educadamente.

—Ejem, señora Wintermacher, la cuestión es que ya nos han, hum, echado de las otras ocho escuelas de etiqueta del pueblo, y creo que nuestros padres, bueno, nuestros tíos falsos, o sea, nuestra madre-tía y nuestro padre-tío adoptivos semipermanentes, en fin, cuando sepan que aquí también nos han dado la patada...

—Eso no es asunto mío —la interrumpió Wintermacher—. Tenéis que enfrentaros a los hechos.

—Bueno, si los hechos son bajitos y se dejan, igual podemos enfrentarnos a ellos —dijo Dee-Dee.

—¡Es una metáfora, boba!

Dee-Dee no se molestó por el comentario y miró a su alrededor.

—¿Y cree usted que los hechos van a entrar por la puerta o por la ventana?

—¡Aaah! —exclamó Wintermacher—. ¡Basta! ¡Ojalá no tenga que volver a veros las caras nunca, ni siquiera en un póster de «Se busca»! ¡Y ahora, largaos antes de que encuentre mi jabalina!

Y así, las Porch corrieron a la sala de las mochilas y cogieron las suyas para no regresar nunca más...

O eso creían ellas.



El ardiente sol blanco achicharraba la acera de enfrente de la escuela de la señora Wintermacher. Las Porch echaron a caminar hacia casa, arrastrando los pies.

Gertrude se sentía como si se le hubiesen caído las entrañas al suelo y se las estuvieran comiendo las palomas y otros bichos. La espalda se le había encogido aún más de treinta y nueve grados. Todo era culpa suya.

—Si-siento que nos hayan expulsado, chicas. Me pareció que el Tensor de Posturas a Base de Murciélagos era una buena idea.

—En este pueblo no reconocerían una buena idea ni aunque se les plantara justo delante de sus narices —dijo Eugenia—. Nos estamos ahogando en una ciénaga intelectual y moral.

—¿El doble de una ciénaga es una *dosciéntaga*? —se preguntó Dee-Dee, distraída.

—Espero poder compensároslo algún día —acabó Gertrude.

—Podrías compensármelo haciéndome tener treinta y seis años y un apartamento en París —replicó Eugenia.

—A mí me gustaría tener ropita para muñecas —añadió Dee-Dee—. Por si acaso alguna vez me encojo.

Aunque sus hermanas estaban intentando ser amables con ella, Gertrude se sentía fatal. Lo que más deseaba en la vida

era ser buena, o al menos lo bastante buena como para ser un miembro querido de su familia, un respetado miembro de la comunidad, protectora de todas las criaturas vivientes por indefensas que fueran o por mala fama que tuvieran.

El problema era que lo que en Antiquarium entendían por «ser buena» tenía muy poco que ver con sus características y comportamiento naturales. ¿Qué haces cuando no puedes cambiar el mundo y tampoco puedes cambiarte a ti misma? Aparte de sentirte siempre agotada y que estás entre la espada y la pared, claro.

«¡Nunca más, Gert! —pensó—. Desde ahora voy a bajar la cabeza y no volveré a hacer nada raro. Voy a cuidar de mis hermanas, que son buenas y tienen derecho a vivir una vida feliz y tranquila. Vaya, ya me están saliendo lágrimas de nuevo. Me pregunto de qué estarán hechas las lágrimas. ¿De fluido cerebral? ¿Habrá una especie de estanque de lágrimas en el cuerpo? Igual está dentro de la mandíbula, y por eso te tiembla cuando lloras».

Buscó en su mochila algún trapo con el que limpiarse la cara, y fue entonces cuando encontró...

... lo que iba a dar inicio al viaje de las tres hermanas...

... lo que iba a tenerlas despiertas cada noche para siempre...

... lo que iba a arruinarles la vida, o salvarlas,
o un poco de las dos cosas:

LA INVITACIÓN MISTERIOSA



Está cordialmente invitada a la

ESCUELA
DE ETIQUETA
PARA CHICAS*
MARJORY
QUESTIONS*

Avda. Misteriosa, 231, Antiquarium

*Preséntese en persona
el miércoles a las 8:00 a. m.*